



En la ciudad de los 10 puentes

Esta es la historia de una ciudad cualquiera asentada a la orilla de un río hermoso atravesado por 10 puentes. La gente cree que los puentes somos solamente pasarelas de una orilla a otra del río. Pero los puentes tenemos vida porque sabemos mucho de quienes nos han cruzado años y años.

Queremos hablaros de algo que quizá no se habla mucho, pero que es algo hermoso. Vamos a contaros, puente a puente, las variadas vocaciones de los franciscanos y franciscanas que nos han cruzado a lo largo de los siglos y de cómo su ir y venir ha tenido, en el fondo, el anhelo de integrar a toda persona en la ciudadanía, sobre todo a los tenidos por diferentes.

SOY EL PUENTE NÚMERO 1: El más antiguo de todos. Soy de piedra. Todavía soy transitable. Conozco a la perfección la vida de las muchas generaciones de personas que han nacido, vivido y muerto en esta ciudad. Por mí pasaron hace muchos años las viejas sandalias de los primeros franciscanos. Eran los tiempos en que el hermano Francisco todavía andaba por los hermosos caminos de la Umbría. Algunos de sus compañeros llegaron a esta ciudad. Al principio la gente se extrañó de aquellos hombres. Pero pronto vieron que eran personas de bien, que hablaban de paz y que tomaban sobre sí el dolor del distinto como dolor suyo. ¡Cómo trabajaron cuando la ciudad lo pasaba mal! Los quisieron como hermanos. Porque eso era lo que les caracterizaba: **hermanos menores**.

SOY EL PUENTE NÚMERO 2: Yo soy mucho más moderno. Por eso me llaman el puente del ferrocarril, porque éste pasó por mí por primera vez allá por el siglo XIX. En ese ferrocarril llegaron a nuestra ciudad muchos franciscanos y franciscanas. Y en él viajaron muchos hermanos franciscanos que iban a la predicación con sus pies cansados y su alegría. Franciscanos predicadores, **hermanos misioneros**, cercanos a la vida de la gente, “hombres del pueblo”, les llamaron. Y lo eran. El tren los llevó al barco y luego a los aviones. Marcharon a países lejanos donde humanizaron y ofrecieron el Evangelio. No les importó vivir y morir en pueblos distintos al suyo. Amaron a los diferentes.

SOY EL PUENTE NÚMERO 3: El más conocido de la ciudad porque desemboca en su plaza principal donde hay un gran templo dedicado a María. Por este puente han pasado muchos franciscanos y franciscanas espirituales. Hermanos que han ayudado la fe de sus conciudadanos, que han acompañado su proceso creyente. Les han enseñado no solamente a rezar sino a contemplar, a amar a Jesús. **Hermanos que acompañan** la fe de las personas, dispuestos a escuchar, a ofrecer el perdón en nombre de Jesús. Ofrecieron eso distinto que es la propuesta hermosa de Jesús. Por eso, mis conciudadanos siempre les agradecieron su compañía sobre todo cuando más oscuro era el camino.

SOY EL PUENTE NÚMERO 4: Más que puente, soy una humilde pasarela peatonal. Pero que hace todos los días su servicio. Veo pasar sobre mí a muchas hermanas y hermanos franciscanos que visitan a los humildes y a la gente sola en sus casas. Gracias a ellos la gente sola se encuentra más atendida. Son los **hermanos que escuchan**, los que saben de dolores que no son los suyos, los que dicen y hacen aquella pregunta de la gran misericordia que Jesús tenía muchas veces en sus labios: “¿Qué quieres que haga por ti?”. Nunca recibirán un homenaje, pero su desvelo por los enfermos es el desvelo mismo del Padre por nosotros. Nunca quisieron ceder a la tentación social de considerar distintos a los enfermos.

SOY EL PUENTE NÚMERO 5: Me tienen por un puente de hoy porque pasa el tranvía por encima. Casi nadie me cruza a pie. El tranvía es la sangre de la ciudad. Va y viene incansable, noche y día. En sus vagones los franciscanos y franciscanas se desplazan a sus trabajos. Porque saben que Francisco quería que sus hermanos trabajasen “en trabajo honesto”, van a sus puestos de trabajo, a sus colegios, a sus hospitales, a sus centros de trabajo social, a sus parroquias. Los veo cabecear por las mañanas y llegar rendidos a su comunidad por la noche. **Hermanos que trabajan** para vivir en ciudadanía y en colaboración con quienes construyen la ciudad y para contribuir a la mitigación de la principal causas de las pobrezas: la desigualdad, madre de todas las diferencias negativas.



En la ciudad de los 10 puentes

SOY EL PUENTE NÚMERO 6: Soy un puente modernísimo porque es una autopista. Los coches y caminos pasan sobre mí a velocidad de vértigo. Pero me da tiempo a percibir que en algunos vehículos también viajan los franciscanos y franciscanas. Podrías pensar que son gente de la prisa, pero no es así. Son hermanos que anhelan la contemplación, el silencio, la oración. Hermanos que quieren vivir en profundidad su opción cristiana y franciscana. Por eso, para contrarrestar la prisa, sé que ellos elaboran una espiritualidad de la “lentitud”, del sosiego. **Hermanos contemplativos** en el tráfico de la velocidad. En ese espacio orante encuentran la fuerza para no tener a nadie por diferente, más allá de sus peculiares circunstancias.

SOY EL PUENTE NÚMERO 7: Me hicieron para una gran exposición sobre el valor del agua. Por unos días me atravesaron todas las grandes autoridades de la tierra que venían a reflexionar sobre la hermosura del agua, sobre su imprescindible utilidad y sobre su riesgo de escasez. Yo me alegré enormemente con aquellos aliados del agua. Después lo han atravesado otras muchas personas y muchos franciscanos que se consideran **hermanos de la creación**. Saben que son familia, como lo decía el santo de Asís. Por eso, se alegran con cada criatura ya que todas tienen un valor único. No establecen diferencia ni siquiera con las humildes creaturas.

SOY EL PUENTE NÚMERO 8: No te lo vas a creer, pero a mí me llaman el Puente del Voluntariado. ¡Cómo me alegró cuando me construyeron! Porque el voluntariado es la certeza de que las entregas tienen un valor en sí mismas por humildes que sean, más allá del aplauso, el premio, el pago o el reconocimiento. Cuando me cruzan quiero pensar que quien lo hace es una persona dispuesta a ayudar. Veo pasar a muchos franciscanos, **hermanos voluntarios**, que acuden a centros que están en la parte nueva de la ciudad, a la orilla izquierda. Allí se entregan calladamente. Para ellos, las diferencias sociales, económicas, culturales, no cuentan. Cuando los veo retornar, a veces cansados y hasta abatidos, quisiera susurrarles: sois como Jesús, sois como Jesús.

SOY EL PUENTE NÚMERO 9: A mí me llamaron el puente del Tercer Milenio porque soy un puente futurista. La gente se queda boquiabierto al verme. Pero lo que me gusta es que, viéndome, piensen que la ciudad, las personas, tienen futuro. Porque tener futuro es tener vida. Me cruzan muchos franciscanos preocupados por el futuro de la ciudad, de la vida, de los pobres, de los jóvenes. **Hermanos del futuro**, que no les interesa tanto su futuro cuanto el de los demás. Y en ese futuro caben todos, sin distinción alguna. Por eso sufren cuando se oscurece el horizonte ciudadano con las divisiones y heridas y disfrutan con la fiesta popular, con el entendimiento y con la amistad cívica.

SOY EN PUENTE NÚMERO 10: Casi nadie me conoce porque estoy en un polígono industrial. No soy un puente hermoso, pero soy muy útil porque uno las zonas industriales de la ciudad. Contribuyo al bienestar de los ciudadanos. Esa es una gran vocación: contribuir al bienestar ciudadano. A veces me atraviesa una furgoneta conducida por un franciscano. Y me digo: estos están llamados a contribuir al bienestar ciudadano. Una ciudad con ellos es una ciudad más humana. **Hermanos para el bienestar**, el humano y el espiritual, el ciudadano y el creyente. Y tienen por cierto que un bienestar para unos pocos, es una ofensa para los demás. De ahí que los diferentes tengan un sitio especial, privilegiado, en su sueño de bienestar.

Hay otros puentes en esta ciudad, como los humildes puentecillos que cruzan el canal que va por medio de la ciudad. Son como los pequeños gestos de amor que los franciscanos y franciscanas de esta ciudad siembran cada día en el silencio y la sencillez. Porque así han de ser los franciscanos hermanos de buen corazón y vida simple como lo vivió aquel hermano de Asís que tan presente sigue en sus vidas. Los puentes son los como los franciscanos: sirven para unir vidas, para entrelazar corazones, para entreverar amores. Por eso la vocación franciscana es tender puentes, transitar puentes, y todo para que el diálogo con el diferente sea una realidad viva.

Fidel Aizpurúa